

**¡La vida es un lujo que todo el mundo no puede (ya) pagarse!**

## **Tomar al pie de la letra la dimensión mortífera del capitalismo**

Alain Bihl

A medida en que, semana tras semana, casi diariamente, la crisis general del capitalismo contemporáneo nos aporta su lote de noticias a cada cual más calamitosa, es la verdadera naturaleza de esta crisis la que se revela. Lejos de ser solamente una crisis económica, aunque sea estructural, nos vemos confrontados a una verdadera crisis de civilización.

La expresión está ciertamente prostituida desde que sirve para designar todo y cualquier cosa (¡sobre todo cualquier cosa!), permitiendo muy a menudo ocultar la forma en que se articula con la dimensión económica de la crisis: con la crisis en la que la reproducción del capital como relación de producción está inmersa desde hace ahora más de un tercio de siglo. Por crisis de civilización entiendo, sin embargo, que la situación crítica en la que el capital está duraderamente y, sin duda, incluso definitivamente comprometido (y nosotros con él, por el momento al menos) conduce a poner en cuestión, inexorablemente, todas las condiciones de vida en sociedad y hasta las conquistas más fundamentales de la civilización.

### **Algunos ejemplos de las tendencias regresivas del capitalismo contemporáneo**

Este catastrofismo hará sin duda sonreír al lector, que ha oído ya otros de este tipo. Algunos ejemplos tomados de la actualidad más reciente le harán, espero, aproximarse tanto a lo que quiero decir como a la gravedad de lo que está en cuestión.

Comencemos por la nueva “reforma” de las jubilaciones que se prepara en Francia (y en otras partes), de hecho un nuevo paso adelante hacia la destrucción programada de las pensiones, con el resultado y la necesidad de prolongar la duración de la vida activa y el empobrecimiento de la parte de más edad de la población, en cuanto no ejerza ya actividad profesional.

Todo el mundo sabe que la condición humana se define, en particular, por la conciencia que tiene cada persona de su mortalidad, de la finitud de su existencia. Resultan de ello, muy pronto en la historia e incluso la prehistoria de las sociedades humanas, sueños de inmortalidad de los que todas las religiones han hecho su agosto, prometiendo ilusorios paraísos *post mortem*. De forma más materialista pero, también más eficaz, los seres humanos han trabajado obstinadamente desde hace milenios para mejorar sus condiciones materiales de existencia: los progresos de la productividad del trabajo, de la higiene pública, del conocimiento científico y de la práctica médica se han conjugado para permitir aumentar la esperan-

za de vida media de las poblaciones humanas, es decir el porcentaje de los seres humanos capaces de alcanzar edades avanzadas.

El capitalismo ha actuado en connivencia con estos progresos, cuyo campo ha extendido y acelerado su ritmo. Y, sin embargo, no solo ha limitado los plenos beneficios y de forma muy desigual a la parte de la población mundial concentrada en las formaciones dominantes (los autodenominados “Estados desarrollados”), sino que hoy constituye directamente un obstáculo a la prosecución de este movimiento, incluso en el seno de esas formaciones.

El aumento de la esperanza de vida, que debería sonar como una buena noticia, aparece como una catástrofe porque obliga a consagrar una parte creciente de la riqueza social al mantenimiento de personas económicamente (pero no socialmente) improductivas y porque esta obligación entra directamente en contradicción con las exigencias de la reproducción del capital y los intereses de sus propietarios. Dicho de otra forma, la supervivencia del capitalismo exige hoy sacrificar la realización en curso de uno de los más viejos sueños de la humanidad y de las más bellas conquistas de la civilización: la prolongación de la vida y el cuidado de nuestros mayores.

Tomemos un segundo ejemplo, cercano al precedente. Es otro sueño de la humanidad el de una vida “sin enfermedad”, de una salud tan constante y perfecta como sea posible. Y es otra conquista de la civilización haber progresado en esta vía y haber extendido el beneficio de estos progresos a la mayoría. Inútil recordar que la asunción pública, por medio de los impuestos y de la cotización social, de la lucha contra la enfermedad ha contribuido en gran medida a ello. Que aquí también quedan progresos que realizar, a nivel mundial, es la evidencia misma; como es evidente la disponibilidad actual de medios materiales y personales para este fin. En esto también, solo la incompatibilidad de su movilización con las exigencias de la reproducción del capital (que impone no solo un reparto desigual de la riqueza social sino también un uso a menudo nociva de ésta) esteriliza esta posibilidad. Y es así como nos explican que la asunción social de la enfermedad y de los enfermos se ha vuelto excesivamente cara, que hay que poner fin a la “*deriva de los gastos de salud*” (¿qué hay de la deriva de las rentas de los profesionales de la salud, de las ganancias de los grupos farmacéuticos y de los intereses de los fondos de inversión propietarios de las clínicas privadas de las que esos gastos, considerados inflacionistas, son sin embargo la condición cuidadosamente callada cuando no ocultada?) y “*racionar el acceso a la atención sanitaria*” en perjuicio de una parte creciente de la población, comenzando por la más pauperizada?

¿Se quiere un tercer ejemplo, que también tiene relación con los dos precedentes? El trabajo es primero una necesidad natural, inscrita en nuestra condición biológica; a lo largo de los siglos y siguiendo el desarrollo de relaciones de explotación del hombre por el hombre, se ha convertido en una obligación social; y algunos ven en él incluso una obligación moral, contraída con nuestros allegados o la sociedad en su conjunto. En cualquier caso, precisamente porque está inscri-

to en el horizonte de la existencia de la mayor parte de nosotros (excluyo de este “nosotros” a los rentistas que viven a nuestra costa), el trabajo ha ido acompañado siempre del sueño del fin del trabajo, que es así uno de los más arcaicos de la humanidad.

Aquí también, a falta de poderlo realizar tal cual, al menos las personas han avanzado en el camino de la reducción de la cantidad de trabajo y por tanto de la duración del trabajo que cada ser humano debe proporcionar para asegurar la reproducción material de las sociedades de las que es miembro, aumentando su productividad. Y, bajo este punto de vista, el capitalismo se ha mostrado progresista desarrollando considerablemente las fuerzas productivas de la sociedad. Pero, aquí también, de un modo cada vez más contradictorio, puesto que la economía creciente de trabajo vivo (el trabajo de las personas por oposición al trabajo muerto de las máquinas) que realiza el aumento de la productividad del trabajo, se traduce en el marco de las relaciones capitalistas de producción en un aumento constante del paro y de la precariedad salarial. Una vez más, como un ser maléfico, el capital convierte la realización de un antiguo sueño de emancipación en pesadilla.

Bueno, para acabar, un último ejemplo. El conjunto de los “sueños” precedentes se articula con el de hacer a los seres humanos “dueños y poseedores de la naturaleza”. Desarrollando el equipo industrial del trabajo humano, así como los conocimientos científicos que son, en gran parte, su condición de existencia, el capitalismo habrá igualmente contribuido a la realización de este último sueño. A la vez que, también, le transforma en pesadilla en cuanto este proyecto de dominación de la naturaleza equivale a tratarla como una inmensa reserva de materias primas y de energía, sin tener en cuenta su finitud, así como un inmenso vertedero en el que se podrían echar los residuos y restos de la producción industrial, sin tener en cuenta tampoco la finitud de los ecosistemas que los tienen que absorber. La catástrofe ecológica que resulta de ello no es en absoluto accidental ni por consiguiente evitable: está inscrita en el productivismo inherente a la reproducción indefinida del capital así como en el carácter ciego e incontrolable de un proceso social de producción dividida entre múltiples capitales independientes y rivales unos de otros /1.

## **¡El comunismo o la muerte!**

Podría multiplicar los ejemplos, mostrando cómo el capitalismo contemporáneo compromete igualmente otras conquistas de la civilización, como la elevación del nivel intelectual y cultural de la población obtenido por medio de la difusión del acceso a la escritura o incluso la autonomía afectiva y reflexiva de las personas. Pero más que multiplicar así los ejemplos, intentemos comprender el sentido gene-

---

1/ Ver el artículo “Le capitalisme peut-il se mettre au vert?”, publicado en la revista *La Brèche*, n° 5, marzo 2009.

“La supervivencia del capitalismo exige hoy sacrificar la realización de uno de los más viejos sueños de la humanidad y de las más bellas conquistas de la civilización: la prolongación de la vida y el cuidado de nuestros mayores”

ral de ellos así como las consecuencias a sacar en el plano político.

Hace alrededor de un siglo, Rosa Luxemburg había definido bien lo que iba a ser el tema fundamental del siglo XX planteando el dilema siguiente: *el socialismo o la barbarie*. Y, en efecto, a falta de haber sabido realizar el socialismo y por haberlo lamentablemente parodiado bajo la forma de la socialdemocracia y atrocemente desfigurado bajo la forma del estalinismo, el siglo pasado no ha sido avaro de barbaries. Hoy, al término de un siglo de ampliación y de profundización del dominio del capitalismo sobre la humanidad, lo que está en juego también se ha radicalizado: ¿será el comunis-

mo o la muerte! O bien seremos capaces de superar el capitalismo realizando el proyecto comunista de una sociedad reconciliada con ella misma así como con la naturaleza (por decirlo brevemente), o bien las tendencias mortíferas del capitalismo en marcha en las regresiones señaladas precedentemente, irán hasta su término.

La primera condición para conjurar esta perspectiva es, claramente, tomar conciencia de que tales tendencias están actuando y medir su violencia potencial. Ahora bien, estamos aún muy lejos de ello incluso entre quienes denuncian esas regresiones y se movilizan contra ellas, sin adivinar qué es lo que acarrearán. La mayor parte de ellos juzgará sin duda que exagero, incluso que deliro hablando de tales tendencias. Que reflexionen un momento sobre los hechos siguientes:

- Instituir un alargamiento de la duración de la cotización y por tanto de la actividad para poder aspirar una pensión al 100%, cuando las carreras profesionales son cada vez más recortadas por la extensión del plazo de acceso a un primer empleo estable y la multiplicación, en el curso de la vida activa, de los períodos de paro, ¿no es programar conscientemente el acortamiento de la existencia de las y los jubilados por desgaste en el trabajo de un gran número y por bajada de sus rentas para todos?

- ¿Qué puede significar este cálculo?

(...) ‘un poco más de la mitad de los gastos de salud del régimen general está destinada a los enfermos de 55 años y más de 30% a los de 70 años y más’ y que ‘El montante medio de gastos médicos representa 5 238 euros entre los *seniors* contra una media nacional de 1 793 euros’/2.

Pues que se induce así la idea de que los “*seniors*” cuestan caros no solo al seguro de vejez sino también al seguro de salud y que se matarían dos pájaros de un

2/ [http://www.senioractu.com/France-CNAMTS-etude-de-l-impact-du-veillissement-de-la-population-sur-les-depenses-de-sante\\_a1233.html](http://www.senioractu.com/France-CNAMTS-etude-de-l-impact-du-veillissement-de-la-population-sur-les-depenses-de-sante_a1233.html)

tiro si se pudiera abreviar su existencia. Y para añadir una pincelada, meditemos sobre el globo sonda de Alain Minc, siempre en vanguardia en la empresa de deconstrucción del Estado social:

Tengo un padre que tiene 102 años. Ha sido hospitalizado en un servicio punta, ha salido adelante. La colectividad francesa ha gastado 100.000 euros para cuidar a un hombre de 102 años. Es un lujo inmenso, extraordinario, para darle algunos meses, o espero, algunos años de vida. Encuentro aberrante que cuando el beneficiario tiene un patrimonio o cuando sus familiares tienen los medios, que el estado me haya hecho este regalo. Y, por tanto, pienso que va a ser necesario preguntarse sobre cómo se recuperan los gastos médicos de los muy viejos si no se ponen a contribución o su patrimonio cuando lo tienen o el patrimonio de sus familiares. Habría que proponerlo al programa socialista<sup>3</sup>.

¿Qué puede significar que los gobernantes se empeñen (en Francia al menos) en mantener en actividad reactores nucleares agotados (inicialmente programados para durar treinta años, se proyecta hacerles funcionar cuarenta años e incluso más) o en construir reactores de “nueva generación” (tipo EPR) de los que se sabe que presentan riesgos específicos de accidentes graves (tipo Tchernobyl) si no que es una forma de decir a las poblaciones que deben aceptar correr tales riesgos? Igual que será preciso que las generaciones futuras acepten vivir durante centenares e incluso millones de años al lado o encima de basureros que desbordan de residuos nucleares.

¿Qué puede significar la recurrencia de las “mareas negras” (la última la que acaba de desencadenarse en el golfo de México promete superar todas las precedentes reunidas) y el fatalismo con el que son acogidas por esos mismos gobernantes y sus heraldos mediáticos sino que la prosecución del “crecimiento económico” (=la reproducción del capital) bien vale que se le sacrifique el medio marino entero si es preciso?

Jaurès decía que el capitalismo lleva en sí la guerra como la nube la tormenta<sup>4</sup>. Hoy el capitalismo no es más mortífero solo en los campos de batalla, que multiplica un poco por todo el planeta. Es por el conjunto de las dimensiones de su dinámica de reproducción por lo que es ya actualmente mortífero o que se prepara para serlo cada día más. Es urgente que nazca y se afirme la conciencia de ello en el movimiento social.

### **Algunas consignas radicales (¡aunque no demasiado!)**

Con este fin, propongo que sean difundidas en las próximas movilizaciones consignas que, lejos de oponerse a las tendencias mortíferas en cuestión, entren en competencia con éstas de forma que las hagan lo más explícitas e inteligibles posible. Por su carácter a la vez absurdas y monstruosas, estas consignas deben llevar a

---

<sup>3</sup>/ Declaración realizada en la emisión “Parlons Net”, *France-Info*, 7/05/2009

<sup>4</sup>/ Las verdaderas palabras de Jaurès son las siguientes: “*Vuestra sociedad violenta y caótica, incluso cuando quiere la paz, incluso cuando está en el estado de aparente reposo, lleva siempre dentro de sí la guerra, como un nubarrón durmiente lleva la tormenta*”.

tomar conciencia del nihilismo radical y de la profunda barbarie que animan al capitalismo contemporáneo. ¡Lo que no excluye recurrir al humor negro! La lista siguiente proporciona algunos ejemplos que no tienen ninguna pretensión de ser exhaustivos. Confío en la imaginación de las y los militantes para inventar otras:

- *Institución de una duración legal máxima de vida para todos*. Lo ideal sería la fijación de esta duración en 65 años puesto que esto permitiría suprimir la pensión de jubilación (por eutanasia), lo que gustará a la patronal. Pero, para no escandalizar demasiado al público (oigo ya la indignación de los dirigentes de los grandes sindicatos) y efectuar una transición, se puede contemplar partir de la esperanza de vida actual (digamos 80 años) y disminuir la edad en cuestión en un semestre por año hasta alcanzar los 65 años en 2040. Es razonable, ¿no?

- *Institución de un capital-salud para todos*, es decir de un montante global de atención sanitaria para el conjunto de la existencia, desde el nacimiento, por encima del cual corresponderá a cada cual pagar íntegramente los cuidados médicos a los que quiera recurrir... si puede. Se dejará a los “interlocutores sociales” fijar este montante, vigilando sin embargo que no sea demasiado elevado. Según el principio bien conocido de que “La atención sanitaria, no es obligatoria, incluso y sobre todo cuando se está enfermo”.

- *Restablecimiento de la esclavitud*. Se ha denunciado demasiado e injustamente a la esclavitud, que sin embargo presenta muchas ventajas. Pues el esclavo tiene asegurado, además de su ración de latigazos o bastonazos, su alimentación, alojamiento y limpieza (aunque sean mediocres) y no conocer jamás los espantos del paro y de la inactividad. Cada cual podrá pues elegir libremente convertirse en esclavo en vez de permanecer como trabajador asalariado o parado, teniendo la posibilidad de venderse él mismo al mejor postor y de comprar posteriormente su propia libertad si se diera el caso. Evidentemente, convendrá instituir una bolsa de esclavos, en la que la cotización de cada categoría de esclavos deberá fluctuar según las reglas imprescriptibles de “una competencia libre y no falseada”. La Cruz Roja y Amnistía Internacional estarán autorizadas a investigar e informar sobre las condiciones de vida de los esclavos, vigilando que no sean sometidos a ningún tratamiento inhumano ni degradante.

- *Institución de primas de riesgo ecológico*. Las personas que acepten vivir y trabajar en condiciones ecológicamente peligrosas o *a fortiori* degradadas se verán gratificadas con un aumento de su *capital salud* y de una ampliación de su duración legal de existencia...

Y para resumirlo todo: “*¡La vida es un lujo que todo el mundo no puede (ya) pagarse!*”

09/06/2010

<http://labreche.org/?p=1296>

Traducción: Faustino Eguberri para VIENTO SUR